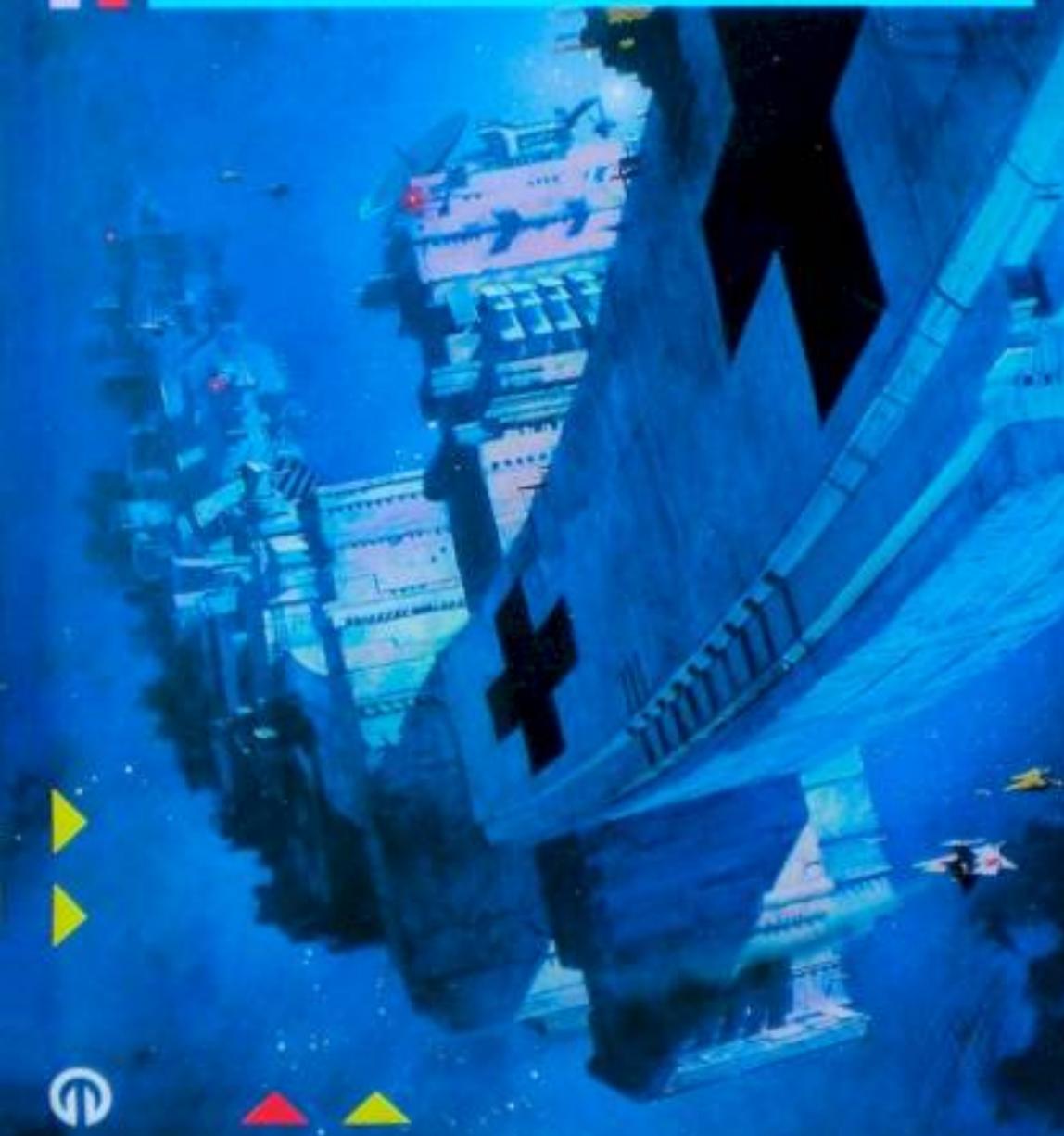


**JAMES WHITE**

CONOZCA EL MAYOR CENTRO CLINICO DE LA GALAXIA

**HOSPITAL DEL ESPACIO**



White nos narra en esta magnífica novela la vida cotidiana del personal adscrito al Hospital General del Duodécimo Sector Galáctico, situado a mitad de camino entre la periferia de nuestra galaxia y los sistemas densamente poblados de la Gran Nube de Magallanes. En este impresionante centro médico a escala galáctica puede recibir asistencia prácticamente cualquier especie inteligente. Seres que respiran metano, gigantescos octópodos, pequeños seres dotados de inmensos poderes mentales, criaturas de energía... Centenares de ambientes se hallan reproducidos allí: cualquier límite de calor o frío, presión, gravedad o atmósfera. Obviamente, también los médicos y enfermeras que componen la dotación de este hospital pertenecen a las más variadas especies, pues el universo futurista imaginado por White está regido por un poderoso Imperio Galáctico en expansión, poblado por centenares de razas distintas.

## Índice de contenido

Cubierta

Hospital del Espacio

Presentación

1 · Médico

2 · General del Sector

3 · Problemas con Emily

4 · El visitante

5 · Extraño paciente

Sobre el autor

## Presentación

Desde los inicios de la Era Espacial, se ha hablado mucho de las grandes ventajas que reportará la existencia de un Hospital enclavado en el espacio. La ausencia de gravedad y atmósfera harán que muchas enfermedades imposibles o difíciles de curar en la superficie de la Tierra puedan ser fácilmente tratadas. Los cardíacos, por ejemplo, podrán llevar una vida normal. Las personas obesas serán tan ágiles como las más delgadas. Las intervenciones quirúrgicas podrán realizarse en un ambiente realmente estéril. Las fracturas serán reducidas mucho más rápidamente. Las enfermedades de las vías respiratorias no se verán tan perturbadas como en la Tierra. Enfermedades propias de nuestro planeta, como el asma, el reuma y otras muchas, podrán ser prevenidas, aliviadas en poco tiempo e incluso anuladas.

Pero con el tiempo se podrá ir mucho más lejos. Bajo la condición básica ideal de ausencia de peso y de atmósfera, se podrá moldear, construir un hospital apto para toda clase de criaturas, independientemente del aire que respiren o las condiciones de peso y presión que sean habituales para ellas. En pocas palabras, el día que sea necesario construir un hospital apto simultáneamente para especies muy distintas de criaturas, es indudable que el lugar escogido como más idóneo será el espacio interplanetario.

Esta es la idea base que ha tomado James White para escribir su *Hospital del Espacio*. Naturalmente, proyectándose en un gran paso hacia el futuro, White ha imaginado un hospital de alcance galáctico, una gigantesca estructura

capaz de albergar a las más diversas criaturas... que por supuesto son las que pueblan los infinitos mundos de un Imperio Galáctico en expansión. El Hospital General del Duodécimo Sector Galáctico, auténtico protagonista de este libro, puede albergar, nos dice su autor, cualquier criatura, por extraña que pueda parecer a primera vista.

Y, naturalmente, los médicos y enfermeros que componen la dotación de este Hospital pertenecen también a las más distintas especies, desde los más gigantescos seres a las más sutiles criaturas.

Con estos elementos, James White no ha escrito un argumento único, sino que ha elaborado una serie de cuadros, cinco frescos en total, donde se dan cita los más extravagantes especímenes: el bebé hudlariano huérfano que pesa más de una tonelada y al que hay que acariciar constantemente con *suaves* palmaditas, los seres comedores de energía afectados de indigestión, el dinosaurio levitador y su pequeño médico telepático empeñado en salvar su especie, el ser amiboide que, cansado de la vida, se licúa en su elemento primigenio, el agua, y finalmente el paciente desconocido cuya enfermedad es una incógnita y del que no se sabe si realmente está enfermo y si cualquier auxilio que se le preste salvará su vida o lo matará...

El gran mérito de James White como escritor es su desbordante imaginación. En *Hospital del Espacio*, el autor nos traza con mano maestra una serie de tipos y situaciones originalísimos, que harán las delicias del lector. El éxito obtenido por *Hospital Station* a su publicación fue tan rotundo que animó a White a reanudar las aventuras de sus héroes en un segundo libro, *Star Surgeon* (Médico de las estrellas), y más tarde a rizar el rizo de su desafío a la imaginación de sus lectores a través de otro libro de temática más general, pero escrito bajo las mismas premisas: *The Aliens among Us* (Los alienígenas entre nosotros), donde a través de siete relatos completamente independientes (el primero de los cuales pertenece aún, sin embargo, a la serie del Hospital

General del Duodécimo Sector Galáctico, y su protagonista es el mismo doctor Conway del presente libro), nos ofrece otras tantas visiones, a cual más original, de lo que pueden ser las relaciones y los contactos entre los más variados seres extraterrestres (e.t. para abreviar) con nosotros.

Estamos seguros de que todos ustedes degustarán este libro con tanto placer como lo hizo nuestro seleccionador al informarlo y nuestro traductor al traducirlo, y sabrán apreciar el exquisito plato fuerte de su desbordante ingenio e imaginación. Y les emplazamos, en un próximo futuro, para un nuevo volumen de esos médicos de las estrellas, donde podrán leer nuevas aventuras de este extraordinario Hospital en el Espacio y sus no menos extraordinarios (y sorprendentes) enfermos.

Jaime Ribera Más

*A Bob Shaw con mi aprecio.*

1

MÉDICO



El alienígena que ocupaba el compartimento de O'Mara pesaba más o menos media tonelada, poseía seis cortos y gruesos apéndices, que servían tanto como brazos que como patas, y su piel era un blindaje flexible. Viniendo como venía de Hudlar, un mundo de cuatro G con una presión atmosférica casi siete veces mayor que la normal de la Tierra, aquel aspecto físico era de prever. Pero, pese a su tremenda fuerza, la criatura era inofensiva, puesto que apenas tenía seis meses de edad, acababa de ver a sus padres morir en un accidente de construcción, y su cerebro estaba lo suficientemente desarrollado como para que la visión lo hubiera asustado terriblemente.

—T-te traje al ch-chiquillo —dijo Waring, uno de los operadores de los rayos tractores. Odiaba a O'Mara y tenía buenas razones para ello, pero intentaba no ser duro—. C-C-Caxton me envió a-aquí. Me dijo que sus patas no le permiten mantenerse sobre ellas, de modo que usted puede cuidar de él hasta que venga alguien de su planeta. Y-ya están en c-camino...

Waring calló. Comenzó a verificar las juntas de la escafandra, obviamente apresurándose para salir antes de que O'Mara pudiese hablar del accidente.

—Traje conmigo algo de comida para él. Está en la compuerta de aire —terminó rápidamente.

O'Mara asintió con la cabeza, sin hablar. Era un hombre joven, que tenía la poca suerte de poseer el tipo de físico que lo llevaba a ganar en todas las luchas en que participaba... y participaba en muchas últimamente. Su rostro era cuadrado, macizo y bastamente formado, al igual que su cuerpo, excesivamente musculado. Sabía que, si mostraba lo afectado que estaba por el accidente, Waring pensaría que estaba fingiendo. Hacía mucho tiempo que O'Mara ha-

bía descubierto que los hombres como él no debían dar señales de flaqueza.

Apenas hubo salido Waring, O'Mara se dirigió a la compuerta de aire y retiró de ella el dispositivo, que parecía una gran pistola de pintar, y que servía para alimentar a los hudlarianos que se hallaban fuera de su planeta. Mientras verificaba el aparato y sus tanques de comida, intentó imaginar la historia que debería contar a Caxton cuando este llegara. Mirando tristemente a través de la compuerta de aire hacia las secciones y las piezas del gigantesco rompecabezas esparcido a través de doscientos kilómetros cúbicos de espacio, intentó pensar. Pero su mente continuó huyendo del accidente y deslizándose hacia las generalidades y acontecimientos del lejano pasado o del futuro.

La vasta estructura que iba tomando forma lentamente en el Duodécimo Sector Galáctico, a medio camino entre la periferia de la galaxia madre y los sistemas densamente poblados de la Gran Nube de Magallanes, debía ser un hospital... el mayor hospital de todos los tiempos. Centenares de ambientes distintos serían reproducidos allí... cualquier límite de calor, frío, presión, gravedad o atmósfera indispensable a los pacientes y al personal que debería contener. Una estructura compleja y tremenda como aquella estaba mucho más allá de los recursos de cualquier planeta aislado, de modo que centenares de mundos habían fabricado las distintas secciones y las habían trasladado hasta el lugar de montaje.

Pero el montaje de aquel inmenso rompecabezas no era nada fácil.

Cada uno de los mundos que participaban en el proyecto tenía copias del plano general. Sin embargo se producían fallos, porque los planos habían tenido que ser traducidos a muchas lenguas y sistemas de medida distintos. Secciones que tenían que haber ajustado al milímetro debían

ser a menudo modificadas para que pudiesen ser montadas, y eso obligaba a mover las secciones, juntándolas y separándolas varias veces con rayos tractores y presores. Era un trabajo muy difícil para los operadores debido a que, aunque el peso de las secciones era nulo en el espacio, su masa y su inercia eran tremendas.

Y quienquiera que tuviese la desgracia de ser atrapado entre las caras de ensamblaje de dos secciones en el momento de la unión, se convertía en una representación bidimensional casi perfecta de su cuerpo... por muy fuerte que fuese su especie.

Las criaturas que habían muerto pertenecían a una especie muy resistente, con clasificación fisiológica FROB para ser exactos. Los hudlarianos adultos pesaban alrededor de las dos toneladas terrestres, poseían un tegumento increíblemente duro pero flexible que, además de protegerles de sus presiones nativas y externas, les permitía vivir y trabajar confortablemente en cualquier atmósfera con presión inferior, incluido el vacío del espacio. Además de eso, tenían el más elevado nivel de tolerancia a las radiaciones que se conocía, lo cual los hacía de un valor incalculable durante el montaje de las centrales de energía.

La pérdida de dos seres tan valiosos para su sección debía, como mínimo, haber dolido profundamente a Caxton, aun sin contar cualquier otro tipo de consideraciones. O'Mara suspiró, concluyó que su sistema nervioso necesitaba un mayor alivio que ese, y maldijo en voz alta. Luego acarreó el alimentador y regresó al dormitorio.

Normalmente, los hudlarianos absorbían el alimento a través de la piel, directamente de la espesa y pegajosa atmósfera de su planeta, pero en cualquier otro mundo o en el espacio era necesario pulverizarles un compuesto alimenticio concentrado en su absorbente cuero a determinados intervalos. El bebé e.t. mostraba ya amplias manchas, y en otros lugares la película de comida era muy fina. O'Mara

se acercó tanto como le era posible hacerlo con relativa seguridad y comenzó a manejar el pulverizador.

El hecho de estar siendo pintado con comida parecía gustarle mucho al joven FROB. Dejó de mantenerse encogido en un rincón, y comenzó a andar a saltos por el cuarto. Aquello se convirtió para O'Mara en una cuestión de procurar evitar un objeto que se movía rápidamente realizando a su vez violentas maniobras evasivas, lo cual hacía que su pierna resentida le doliera más que nunca. Y el mobiliario también recibía lo suyo...

Prácticamente todo el interior del compartimento estaba cubierto de un compuesto pegajoso y de olor acre, al igual que toda la superficie del joven alienígena, cuando llegó Caxton.

—¿Qué ocurre? —preguntó el Jefe de Sección.

Los hombres de las construcciones espaciales eran simples, poco complicados, con reacciones fácilmente previsibles. Caxton era un tipo que preguntaba siempre qué era lo que estaba ocurriendo, aunque lo supiera perfectamente... y en particular cuando quería molestar a alguien.

Sin evidenciar la irritación que sentía, O'Mara respondió:

—Después de eso, creo que lo mejor será llevar a este chico al espacio y alimentarlo allí...

—¡No! —dijo bruscamente Caxton—. Se quedará permanentemente aquí, con usted. Hablaremos luego de eso. De momento, quiero saber más cosas sobre el accidente. Es decir, quiero conocer su versión.

Se preparó para escucharlo atentamente, pero con el aire de quien no va a creer nada de lo que oiga.

—Antes de que prosiga —advirtió apenas O'Mara hubo pronunciado un par de frases—, será mejor que tenga en cuenta que este proyecto está bajo la jurisdicción del Cuerpo de Monitores. Normalmente, los Monitores permiten que resolvamos por nosotros mismos cualquier problema que surja en nuestro camino, pero en este caso hay involu-

crados extraterrestres, y vamos a tener que llamarles. Va a haber una investigación. —Señaló la caja aplanada que llevaba colgando en su pecho—. Creo que debo avisarle lealmente que voy a grabar todo lo que diga.

O'Mara asintió con la cabeza y continuó su relato. Era la pura verdad, pero relatada de aquel modo parecía una historia inconsciente. Finalmente, Caxton dijo:

—¿Pero le vio alguien hacer todo esto? ¿Vio a los dos e.t. dirigirse hacia el área peligrosa cuando las luces de peligro estaban ya encendidas? Acaba de relatarme una historia muy hermosa que explica esa locura por parte de ellos y lo convierte a usted en un héroe... pero también puede haber ocurrido que usted encendiera las luces *después* del accidente, que su negligencia en relación con las luces fuera en realidad la causa del mismo, y que toda esa historia acerca de la escapatoria del chiquillo sea un montón de mentiras concebidas para librarlo a usted de una acusación muy grave...

—Waring me vio —interrumpió O'Mara.

—¿Waring? Un buen testigo. Usted sabe, todos sabemos, que usted está siempre persiguiendo a Waring, pinchándolo y ridiculizando de tal modo su incapacidad que él debe odiarlo venenosamente. Incluso aunque lo hubiera visto, el tribunal esperará que se calle a este respecto. Y si no lo vio, usted puede argüir que sí lo vio, pero que no quiere hablar para perjudicarlo. O'Mara, me parece que está usted metido en un buen lío.

Caxton se dirigió a la compuerta de aire. Ya con un pie en ella, se giró de nuevo.

—Usted solo crea problemas, O'Mara —dijo—. No pasa de ser un montón de huesos y músculos, con apenas la habilidad suficiente para justificar lo que come. Tal vez piense que fue su capacidad técnica la que le valió un dormitorio individual. ¡No fue así! ¡La verdad es que nadie en la sección quiere compartir sus aposentos con usted!

La mano de Caxton se movió y desconectó la grabadora. Su voz se convirtió en algo tan frío como la muerte.

—O'Mara, si deja usted que le ocurra algo a ese... chiquillo, los Monitores ni siquiera le van a dar la oportunidad de ser juzgado.

Las implicaciones de aquellas últimas palabras eran claras. Caxton cerró la compuerta tras sí, y O'Mara se hundió en los más oscuros pensamientos.

Cuando comenzara a trabajar en el proyecto, hacía seis meses, O'Mara descubrió que estaba condenado de nuevo a hacer un trabajo que, aunque importante en sí, no le daba ninguna satisfacción y estaba muy por debajo de sus posibilidades. Desde que saliera de la escuela su vida se había convertido en una serie de frustraciones de este tipo. Los jefes de personal nunca querían creer que un joven con aquellas facciones y aquellos músculos tuviera el menor interés en cosas tan *sutiles* como la psicología o la electrónica. Fue al espacio con la esperanza de encontrar algo diferente, pero tampoco lo halló. A pesar de sus constantes esfuerzos, durante las entrevistas, para impresionar a la gente con sus muy considerables conocimientos, sus interlocutores se mostraban siempre demasiado perturbados por el poder de sus músculos para escucharle e, invariablemente, sellaban sus peticiones de trabajo con un «Aprobado para Trabajos Pesados y Constantes».

Al ser admitido en aquel proyecto decidió sobrellevar de la mejor manera posible aquel trabajo que prometía ser tan aburrido y frustrante como los anteriores... convirtiéndose así en un tipo nada popular. En consecuencia, su vida lo fue todo menos aburrida. Pero ahora lamentaba haber obtenido tanto éxito procurando ser indeseado.

Lo que necesitaba en aquel momento eran amigos, y no tenía ninguno.

La mente de O'Mara fue sacada de su triste pasado hacia su menos agradable presente por el desagradable olor de comida del hudlariano. Tenía que resolver rápidamente aquel problema. Se enfundó apresuradamente el ligero traje de presión y salió por la compuerta.